**(Primer Premio del XXVIII Concurso Internacional de Cuentos Valentín Andrés)**

***EL ÚLTIMO COMBATE***

***AUTOR: Miguel Pereira Rodrigo*  (Seudónimo: Keith Moon)**

**Primer Round (Gris marengo)**

Me siento en el sofá. Es de dos plazas. Un sofá de dos plazas siempre es demasiado corto para satisfacer el deseo, pero no busco comodidad. En esa esquina de la casa no hay cobertura. Bueno, en esa esquina y en ninguna. Los móviles tienen sus limitaciones. La España vaciada es su talón de Aquiles. Espacio libre de hípsters. Con mi culo apoyado sobre ese criadero de ácaros, intento recobrar fuerzas. Miro por la ventana. El cielo está gris. Es raro. El gris y las Castillas no maridan bien con el verano. No obstante, el gris no desentona. Últimamente es mi color. Mi color y el de Violeta. Aunque haya más en la paleta, el gris nos pertenece. No es que sea nuestro color preferido, ni tan siquiera lo hemos elegido. Es simplemente con el que el destino nos ha manchado. Pienso en Violeta. ¿Qué estará haciendo ahora? Llorar pudiera ser la respuesta correcta. Se le da bien últimamente. Yo, sin embargo, hace un par de días venía con energía suficiente, pero eso ya pasó. Ahora la batería está baja. Low batery, pondría en la pantalla si fuera un móvil. Pero no todo es tan sencillo y las personas no tenemos cargador. Low batery será mi estado hasta el apagón. No recuerdo dónde escondí el transistor. Tras una corta búsqueda, tropiezo con los guantes de boxeo que guardaba mi padre desde su juventud. Ajados, viejos… Sonrío. Sé de boxeo, todo lo que el condenado me pudo inculcar, aunque no era lo mío. Era un agricultor cabezota. No me lo imagino recolectando judías con ellos puestos. Pero así son los padres agricultores que siguieron a *Sombrita* hasta que se hizo con el europeo en el bar de la plaza: calidez y protección. Un objeto te lleva hasta la infancia. Rincones agradables escondidos en la postguerra tardía. Es como el sonido de la campana tras encajar cinco golpes seguidos. Un descanso ante un oponente que, ansioso, resiste a ocupar su rincón. Doy con el transistor. Lo enchufo y lo sintonizo. Tiene vida. Tener vida es algo relativo. Yo tengo vida: mi corazón bombea sangre, que a su paso por los pulmones se llena de oxígeno. Pero me falta pulso. ¿Lo perdí yo o me lo robó él? Es una buena pregunta que nadie responderá. Los antecedentes son como los huesos rotos, tienen memoria. Pero ahora, tanto da. Este es el último combate. Además creo que nunca hay un 100% de pureza en nada. Y eso, el pulso, no está. Me noto mayor. Escucho la radio, una entrevista, y sobre esta golpes en la puerta. Un grito sordo. La reivindicación de libertad. Es algo recurrente: patadas y puñetazos intentando derribar la puerta. Adiós al confort que genera el recuerdo de un padre como el que tuve. Los golpes solo buscan al dolor, aunque el dolor no es lo que me preocupa. Cuando te han robado el sueño, los ladrones no pueden llevarse nada más. Me apena y me entristece su forma de golpear la puerta de acero. Pero ya la he escuchado antes. Ayer y antes de ayer. El lobo frente al cerdito que se hizo la casa de ladrillo. Cuentos de terror, cuando viste como se amamantaba la fiera mientras se convertía en tu gran tesoro. Movimientos recurrentes, combates parecidos. No pienso en nada. Solo quiero dejar de escuchar, como Beethoven o Boyce. Sintonizo algo diferente, un sucedáneo de otro sucedáneo. Música enlatada para que cesen los golpes. Una especie de escudo de antebrazos protegiendo el rostro, para que por lo menos no me lo desfigure. Pero encerrar a un hijo nunca sale gratis. Subo el volumen hasta el máximo. Él sigue a lo suyo. Arañando recuerdos a base de patadas. Un niño que aprende a caminar es lo más emotivo del mundo. Luego le saldrán los dientes, decía mi madre. Esa es la imagen. Un niño de centímetros agarrado a una silla. Y de fondo, el pam pam continúa. Un jab, pasito atrás, dos derechazos y un croché con la zurda. Intento salir corriendo. Separar el grano de la paja me parece el mejor medio. Reconozco la canción de la radio fórmula: *Sympathy For The Devil.* Me gustaría tener algo más que un transistor. Me gustaría tener algo menos que un cadáver aporreando la puerta. Todos deseamos cosas que no tenemos. Eso, esa mierda que él desea es la que golpea. Mierda 100% adulterada. Él…, él no. Solo es un niño.

S**egundo Round (Gris pizarra)**

Le echo agua. Los entrenadores lo hacen en el descanso. Agua para limpiar la sangre, agua para mitigar el dolor, agua al fin y al cabo. Y mientras les echan agua, les calientan la oreja. Pero a mí me cuesta atraer su atención. En cuanto al agua, es lo único que hay. Eso es nuevo. Todo es nuevo para él y para mí. También hay botijos sin vino. Recuerdos del pasado. Del muy pasado. Tan pasado que me cuesta traerlos al presente. Le miro a los ojos. Estamos enfrente el uno del otro. Una ensalada de primero y luego pasta con chorizo. Ayer nos acercamos al pueblo. El bar de Manolo seguía allí, en la plaza, como en el verano del 65. No entré. Íbamos a hacer la compra, aunque comprar algo para hacer una ensalada se me hiciese rarísimo. Coger el coche después de dos semanas de encierro también. Mi madre tenía huerto. Y en esta casa todos los productos eran naturales, caseros o cómo se quiera decir. Él me mira, me atraviesa con la mirada. Tal vez vea más allá…, una fiesta *rave* pasada... Le cuesta conectar y mantener el tronco erguido. Está apático. Sus venas le piden acción y yo he apretado el pause. Pero bueno. Lo veo mejor. Menos violento, tal vez, aunque esquivo. Intento sacarle temas de conversación. ¿Sabes que entrevistan al cantante de *Los Ilegales* en la radio? La música siempre nos ha unido. Desde que era un bebé es lo que ha mamado en casa igual que yo crecí con la siembra y la recolección o con el soniquete del boxeo. Melodías de piano, guitarras en noches compartidas con amigos, su madre ensayando alguna pieza al violín… Pero no hay respuesta. Mjha. Consonantes aspiradas. Nada más. Un ambiente abierto, amable, transigente. Sus ojos se escapan de los míos. Sus ojos y sus pensamientos. ¿Qué es lo que está pensando? Esa es la incógnita más recurrente. Sus silencios, sus monosílabos letales. ¿Hay enfado? ¿Hay dolor? Tal vez haya miedo, odio. Quién sabe. Nada es fácil cuando uno no ve al monstruo. Y luego está la herida. Ese cuchillo afilado que atraviesa de un lado a otro mi piel. ¿Cuánto de permisivo es adecuado ser?, ¿en qué momento la permisividad torció su vida? A los dieciséis años salía sin hora de entrada. Tenía amigos que escuchaban rap, parque, algún canuto… Lo normal, ritmos binarios. Eso creí. Tal vez esa sea mi pesadilla más recurrente: Pedro Carrasco y José Legrá sobre un cuadrilátero en blanco y negro golpeándome a manos llenas es menos doloroso que ese porro a medias. Era su cumpleaños. Diecinueve años, y lo pillé en la terraza. Un padre enrollado es como un poli bueno. Papeles mediocres para películas de serie B. Él come. Bueno, comer es un decir. Trincha pequeños bocados… Sin convicción. Le veo moverse, de forma lánguida y se me viene a la cabeza esa pieza… *Dixit Dominus* de Händel. Todo así, con ese tono desganado. Foreman, la joven promesa, cayendo a cámara lenta frente a Muhammad Ali en Kinshasa. Eso es una vida sin pulso, por mucho aire que sepan atrapar los pulmones. ¿No te apetece escucharla?. Tal vez un tipo que en los ochenta se paseaba con un stick de hockey por las noches de Gijón no es el mejor aliciente para su problema, pero en medio de la España deshabitada pocas cosas se pueden hacer. Arrastrar una cruz a modo de penitencia. El canuto compartido pesa mucho. Un ateo de rodillas a Lourdes es solo un escupitajo de la desesperación. Hace un gesto con el labio derecho. Desaprobación, me sugiere. Busco en la pared algo. Una rendija por la que escaparme y volver al pasado, a mi vida de antes, a mi rol de padre cuando le enseñé a andar en bicicleta o a tocar la guitarra. Pero solo hay cuatro cuadros, un retrato y una bota, sin vino, claro está. Una bota acumulando ácaros.

**Tercer Round (Gris Londres)**

Tecleo. Números sujetos a personas. Un cerro me une a Violeta. El único que tiene cobertura. Veinte minutos andando una vez al día. La España vaciada no tiene lujos. Es como la lona del cuadrilátero. Apenas el sudor crece en ambos lugares. Vida asceta. Tiro de gracia en la nuca a los hispters. Tarda en cogérmelo. Evalúo las mejorías. Él ya duerme sin llave ni cadenas que lo atan a un mono. Sonríe, habla… Cuando la escucho me encuentro lo de siempre: una mujer adormecida. Ni rastro de la violinista a la que le dije que una vez había tocado con Sabina. Artimañas de un pescador que creció en la meseta. Me pregunta qué tal todo a ritmo de salmo susurrado. Su pulso está bajo tierra. Un KO en toda regla, como el de Foreman. Tal vez, ahí, en el subsuelo con los topos, nada se vea igual. Desde su primera recaída ella abandonó su cuerpo de la mano de Prozac. Nuestro hijo llevaba un mes en una clínica. Su ex apareció en la visita de los domingos. Así, visitas inesperadas con una caja de bombones, dulces con cariño que le explotan en el estómago a unos padres. Así se terminó el brillo de los ojos. Cuestión de desgaste. Ahora mi Violeta es un perezoso con legañas, que inverna. Y lo hace bien. Ya llevamos tres años invernando. Niebla ahí fuera, y nosotros recogidos, externalizando los cuidados para que los especialistas busquen el milagro. Pero ese milagro no llega y nosotros seguimos sin pulso contemplando la vida de otros. Esos que nunca creímos que llegaríamos a ser, de la mano de un hijo brillante. Tal vez demasiado atrevido. Ingenuo, estúpido. En los 80 era previsible. No había información. Ahora todo se sabe. Dentro de un mes y medio nos volvemos a ver. Sollozos como respuesta. Su hermana se pasa bastante por casa, me dice. Pero está destrozada. La resaca de las fiestas *raves* duran demasiado, pero eso, los chiquillos no lo saben. Son golpes en un cuadrilátero, directos, como los que encajaba Perico Fernández en sus comienzos. Era el mejor, sin tripis ni coca, hasta que dejó de serlo. Golpes que luego se repiten. Vidas vacías, resacas largas. Te quiero, amor. Salvavidas arrojados al mar en una noche de tempestad. Los sollozos continúan. Me despido, sin pulso, como siempre. Son golpes contra las cuerdas los que bandean mi alma. Los corazones tristes también bombean sangre. Son al final funcionarios del cuerpo humano.

**Cuarto Round (Gris visión)**

Me vuelve a despertar con un buenos días, viejo. ¿Hoy no nos levantamos?. Mientras se ducha, tacho otro día. Cuarenta y ocho sin consumir es una gran victoria. Se ha animado a salir a correr. Antes era muy deportista y genética no le faltaba. Mi padre era un hombre fuerte, de hechuras anchas. Dicen que los genes se saltan una generación. Tal vez por eso me dio tan fuerte por la música. Pero mi hijo es diferente: un tipo joven, atlético que tocaba varios instrumentos y en el instituto no necesitaba estudiar para los exámenes. Piano, baloncesto, punk rock gamberro… ¿Cómo se puede desconfiar de un chaval que llega a todas partes? Ahora, todo parece ir a mejor. Se levanta temprano, corre. Luego me despierta, desayunamos, hablamos, leemos cada uno algún libro. Me he traído una maleta llena de ellos. Rutinas sencillas. Tiene que ir ganando confianza. Cada día que pasa, son metros recuperados al ejército enemigo. El típico combate en el que el púgil de enfrente no sabe de dónde le vienen los golpes: un *nocaut técnico* en toda regla. Luego, por la tarde, cuando el calor de Castilla aprieta menos, nos damos una vuelta. Kurt Kobain, la sociedad de consumo, el veganismo, la neocolonización del bigdata… De la chistera de nuestra conversación no deja de salir magia, y esto se parece tanto a lo que debiera ser nuestra relación que me da vértigo. ¿Por qué tiene uno vértigo? Tal vez porque ya hubo otras clínicas antes, otros intentos, menos personales, pero estériles. La historia interminable a lomos de un *caballo*. El tiro libre decisivo, ante el que volvemos a perder el partido. Drogas del pasado que nunca perdieron del todo el pulso. Ya en casa escuchamos música en la radio fórmula. Sabes papá, me acomodo en el sofá de dos plazas, ya he encontrado la postura, me encuentro bien pero tengo miedo de volver a caer. Si fuera boxeo sería un *uppercut* en el mentón pero desafortunadamente no lo es. Un escalofrío recorre mi espalda. He visto pasar un lobo por la ventana. Devil came to me, se me viene a la cabeza. Era de Dover, creo. Es normal hijo, las palabras son hormiguitas saliendo de mi boca, pero no te preocupes, lo estás haciendo muy bien. Me quedo tendido en el sofá. Derrotado, con el cuerpo sobre la lona. Miro al techo. En el techo hay una mancha. Restos de una gotera de algún día de lluvia previo a este verano atípico. Si fuera boxeo habría estado mi padre y sabría qué decir. ¿Habré resultado convincente?

**Quinto Round** **(Gris perla)**

En dos semanas volvemos. Los conservatorios no cierran de por vida. ¿Y si me hubiera pedido una excedencia? De todas formas debe ir poco a poco recobrando autonomía. Es parte del proceso. Primero te ponen a correr, saltar a la comba… Los pies agiles puntúan más que cualquier manaza. Y tras eso, te dan los guantes. Una fase, luego otra. ¿No? Mi padre me quiso apuntar a un club de boxeo que abrieron en el pueblo a finales de los sesenta. Pegaban fuerte por aquel entonces Legrá y Carrasco. Lo tuve claro: no aguanté ni una semana, pero con esto tengo dudas. Sus pasos son partituras que nunca me enseñaron a interpretar. Lo veo bien, más cercano, cariñoso… Mucho mejor que a su madre. Ese es otro mundo. Los padres queremos que nuestros hijos crezcan sobre nuestros hombros. Esa frase la escuche hace mucho y la he incorporado a mi lista de citas recurrentes. Mi mujer al principio también la decía. Ya no lo hace. Los fármacos también matan las palabras que guardamos en el cerebro. Pero los receta el psiquiatra, y el psiquiatra no es cualquier *dealer.* Camellos con estudios para animalillos asustadizos. Un par de pastillitas y el mundo a cámara lenta. Alicia cayendo por el agujero sin prisa. Y yo a trescientos kilómetros. Hablo con él en la comida. Son cosas que al principio no se daban. Ponía trincheras. Alejarlo de una adicción fue una especie de traición. Ser padre y colega viene con fecha de caducidad. Pero me alegro de todo lo alcanzado. Necesitamos garrafas de la cooperativa. Siempre que venimos al pueblo, volvemos con aceite para un año ¿Cuándo vamos?, me pregunta. Vas a ir tú solo. Me mira extrañado. Si en un pueblo de diez mil habitantes no es capaz de hacer un recado, no quiero imaginármelo vagando por la capital. Me dice que vale, que perfecto. Y sonríe. Después de comer le doy las llaves del coche y me echo en la cama. Escucho cómo arranca. Con los ojos cerrados rememoro cuando aprendió a conducir. Mi padre no tenía carnet, tampoco había mucho coche por aquel entonces. Yo me lo saqué a los veintitrés años, después de terminar la carrera de piano, y mi hijo, tercera generación, adelantando por la derecha a sus ancestros. Tenía quince y fue en esta misma casa. Era rápido aprendiendo. Como con todo. Un niño demasiado despierto para caer en el hueco que cayó. La vida tiene eso. La inteligencia se acomoda y deja que otro conduzca. El piloto automático favorece que el más listo de la clase sea el que siempre sobresalga y hay algunos caminos en los que lo peor que puedes hacer es sobresalir. Cierro los ojos. Intento conciliar el sueño. Pero el miedo y el sueño no son buenos compañeros de cama. Pienso en el pueblo. Es un pueblo chico, no más de diez mil habitantes, pero la droga no sabe de tamaños. Las papelinas son semillas transgénicas: siembran y crecen bien en cualquier condición. Y ellos, los adictos como mi hijo, parecen perros policía: olfatean rápido el terreno hasta que encuentran lo que buscan. Veo la hora. Cierro los ojos e imagino el recorrido. El coche se conduce solo. No hay curvas malditas, ni cruces mortales. Todo es demasiado sencillo para un chico brillante. Pero los chicos brillantes buscan lo imposible. Caer y recaer a la primera de cambio. Subir a la mujer de la curva en otro viaje. Nuevos picos que emulen al primero. Imposibles tirabuzones, padres ateos con la espalada ensangrentada y madres cayendo a cámara lenta como lo hizo Foreman en Kinshasa mientras el público gritaba Ali, mátalo. Cinco horas después aparece. No le pido explicaciones, pero le miro. Cara de algo que no sé describir. Un rostro desfigurado por puñetazos sin guante. Me comenta que vio a Fran, un amigo de la infancia... que se tomó un refresco... Me relajo de golpe. Vuelvo a la cama y me dejo caer. En el hombro, el peso de algo, ha hecho herida. Se pasa por la puerta y me pregunta: papá, ¿damos una vuelta hasta el cerro?. Le miro. Aliviado se me escapa un soplido. Pero no más aliviado que otras veces. Vale hijo, además tengo que llamar a tu madre.

**Sexto Round (Gris Siberia)**

Hoy también ha salido a correr. Ahora está tirado en su cuarto con un libro de dibujos en la mano. Se le daba bien dibujar. Bueno, dibujar y cualquier cosa. La droga barrió sus poderes. Supongo que fue el peaje, el pacto con el diablo. Me acuerdo de la canción de la radio. Los Stones al micro y yo agotado. Parecía imposible y aquí estamos. Espero que sea esta. A la quinta… no hay quinta mala. La violinista, mi mujer fue la quinta. Pico y pala y la anécdota de tres bolos con Sabina. Lejos quedaba la banda de música del pueblo. Con anécdotas de ese tipo nadie conquista a una mujer, aunque sí puede defraudar a un padre adicto al boxeo. Alistarme en la orquesta fue lo segundo que hice tras dejar el club. En el mundo de la música no manda el dinero. La música es arte, es emoción, es intestino… dinamita para el corazón. Todo lo que remueve lo sana. Pero Violeta no escucha. Pura química. Primero el mazazo en forma de hijo drogadicto, y luego las recetas del Doctor de La Cabeza. Demasiadas pastillas para un cuerpo tan menudo. Con el primer bocado le pregunto: ¿cómo va esa cabecita?. Mueve el cuello, como cuando un perro intenta entender. Bien, papá. Comenta con media sonrisa. A ver qué tal en Madrid, suelta. Madrid tiene de todo en cantidades ingentes, también droga. Así hay la vida que hay de noche. No te preocupes. Eso es lo que siempre se dice. Si estuviera mi padre podría abrazarlo. Hechuras anchas son la mejor protección para un niño delgado. No te preocupes, vuelvo a decirle. El protocolo luego establece las despedidas: adiós móvil antiguo, adiós amistades tóxicas, adiós paseos solo por la calle…. Un joven siempre de la mano de padres que ya vamos para sexagenarios no es el mejor plan, pero es el que hay. Aprender nuevas partituras no siempre es fácil pero es necesario. Le miro a los ojos. Sigue barruntando, tal vez escucha cantos de sirena.

**Séptimo Round (Gris antracita)**

Me levanto sin saludos matutinos. Me acerco a su cuarto. Hoy tiramos para Madrid. Pero no está. Habrá salido a correr. Me asomo a ver si lo veo. ¿Dónde está el coche? Ausencias, sin avisos previos… Son historias recurrentes. Caperucita Roja y los Tres cerditos eran sus libros de cabecera a los cinco años. Siempre quería los mismos cuentos. Intenta confiar, intenta confiar… Me lo digo muchas veces. Tantas veces como puedo repetirlo. Pero algo percute contra mi cabeza con la fuerza de cinco nudillos. Vago de un lado para otro, desorientado. La casa me parece tan pequeña como el ring de ese maldito club. Puedo salir a buscarlo, pero el pueblo está a veinte kilómetros. Hago tiempo. Recorro la casa, desempaqueto los libros que había guardado en la maleta... Cada dos por tres miro a la ventana, al reloj, ojeo el libro que intento leer. Me lo imagino como ese día que llegó a casa beodo… Nos reímos, inocentes. Años después, una foto en un wasap, jeringuilla colgando del antebrazo y sus ojos cerrados nos torcieron la sonrisa. Puñetazo en la nariz sin remitente. La mujer de la curva solo se aparece una vez, la primera. Aprieto los dientes. No elegí ser padre para esto. Nadie tiene un hijo para perderlo en vida. Los segundos me empujan al abismo. ¿Y ahora qué? Una llamada del hospital, padres que buscan escombros en el lumpen, un amigo que te informa… Pesadillas vividas en primera persona. Busco la cartera pero es para nada. No recuerdo cuánto dinero tenía. La confianza tiene la culpa. Es como una soga abrazada al cuello. El diablo cobrándose lo que le permitió a la genética. Luego vuelvo a los guantes de boxeo. Viejos, ajados… Viaje al útero, aunque esta vez no me invade el confort y el sosiego de anteriores encuentros. Fui mejor hijo que padre. Pensamientos tóxicos para un tipo enrollado. Cuando me quiero dar cuenta, han pasado tres horas. Llamar a un taxi. Eso es lo que me calza las botas. Así es como acudo al cerro. En lo alto, marco al número de tele taxi. La voz de la operadora me responde. Teletaxi, le atiende. ¿Y luego qué? Mi mujer no puede más. Me necesita. Es un púgil enterrado bajo un montón de toallas. Pero los árbitros no se quieren dar cuenta, y los golpes siguen… El niño que criamos no está. Ha habido un cambiazo. Teletaxi le atiende, repite. No respondo. Teclas en un aparato. Teléfono rojo, y se acabó. Código morse para desesperados. Desando los pasos hasta llegar a la casa en la que me crie. Me dejo caer, abatido sobre el sofá de dos plazas. La lona es una superficie de perdedores. Terrenos baldíos donde solo crece el sudor. No me lo esperaba. Soy un niño asustado sin padre al que abrazar. Hechuras anchas, que perdonan que no quisiera practicar ese maldito deporte. Esto ahora no. No puedo más. Un buen derechazo a alguien que se levanta del tapiz. ¿Para qué buscarlo?, ¿hasta cuándo? Me sale un sollozo bronco, intermitente. Una moto que no arranca. Y la sangre, bajo la piel, escondida, pausada, prácticamente sin pulso. ¿De qué sirve un padre enrollado?, ¿Cuánta culpa cabe en cuatro caladas a un canuto con tu hijo? Eso no le empujó a nada, me intento convencer. Todo, angustia y dolor, comprimidos en un sofá de dos plazas. No es cómodo, nada cómodo. Noto algo, clavado ahí, bajo el pecho. Mi mujer me necesita. Una violinista sorda a la que abrazar, siempre es mejor que perseguir a un hijo hasta la curva. La vida es como el boxeo. Los golpes te enseñan a entender el mundo. Nadie que pierda por KO todos los combates sigue calzándose los guantes. Tal vez, en la siguiente curva monte a la guadaña. Un hijo sobresaliente nunca defrauda. O casi nunca. Tal vez, vaya mierda de lágrimas. Recuerdo a Silvio: Ojalá.